

TOMOCHIC &
ENTRE TARÁNTULAS Y DEMENTES



COLECCIÓN THOMPSON&THOMPSON



Heriberto Frías (Queretaro, 1870 - Ciudad de México, 1925)

Heriberto Frías
TOMOCHIC &
ENTRE TARÁNTULAS Y DEMENTES



EX LIBRIS.....

.....



GINGER APE BOOKS&FILMS

Título original: Tomochic (1899)

Autor: Heriberto Frías

Maquetación: Rubén L. Conde

Imagen de cubiertas: Rubén L. Conde, *Revolutions & spiders* (2015)

Colección: Thompson&Thompson

TT06-00014-A

Primera edición en Ginger Ape Books&Films: junio de 2015

© De la presente edición: Ginger Ape Books&Films, S. L.

© Copyleft.

Ginger Ape Books&Films, S. L. autoriza la reproducción total o parcial de esta obra y su difusión por medios impresos o telemáticos siempre que el uso y/o la distribución no persigan fines comerciales.

ISBN: 978-84-943683-1-8

Depósito legal: AL-745-2015

BIC: FC / 1KLC / 3JH

Impreso por Mayor Print Industrias Gráficas, S. L.

Avda. Málaga Oloroso, 34

29014 - Málaga

Ginger Ape Books&Films, S. L.

WWW.GINGERAPEBOOKS.COM · WWW.FACEBOOK.COM/GINGERAPEBOOKS

ÍNDICE

(Continúa en la página siguiente)

TOMOCHIC.....	13
I.....	15
II.....	21
III.....	29
IV.....	35
V.....	39
VI.....	47
VII.....	51
VIII.....	59
IX.....	67
X.....	71
XI.....	77
XII.....	87
XIII.....	93
XIV.....	97
XV.....	101
XVI.....	109
XVII.....	115
XVIII.....	125
XIX.....	135
XX.....	139
XXI.....	147
XXII.....	159
XXIII.....	169
XXIV.....	181
XXV.....	185
XXVI.....	195
XXVII.....	203
XXVIII.....	213
XXIX.....	221

ÍNDICE
(Viene de la página anterior)

XXX.....	227
XXXI.....	235
XXXII.....	243
XXXIII.....	251
XXXIV.....	263
XXXV.....	267
XXXVI.....	271
XXXVII.....	279
XXXVIII.....	285
XXXIX.....	291
XL.....	297
XLI.....	303
XLII.....	309
ENTRE TARÁNTULAS Y DEMENTES.....	317
Introducción.....	319
Desde Belem I.....	323
Desde Belem II.....	326
Desde Belem III.....	332
Desde Belem IV.....	335
Realidades de la cárcel I.....	338
Realidades de la cárcel II.....	341
Realidades de la cárcel III.....	344
Realidades de la cárcel IV.....	347
Realidades de la cárcel V.....	350
Realidades de la cárcel VI.....	353
Realidades de la cárcel VII.....	358
Realidades de la cárcel VIII.....	361
Realidades de la cárcel IX.....	366
Realidades de la cárcel X.....	370

NOTA PRELIMINAR

Para la presente se han considerado y utilizado las ediciones de 1899 (primera que recoge el nombre del autor y segunda de las publicadas en volumen único; impresa en Barcelona, es, por su fluidez narrativa y cuidada edición, la más alabada de entre las publicadas), 1906 y 1911 (versión definitiva de Frías), tratando de ofrecer al lector una obra lo más moderna, inteligible y completa posible. En este sentido, se ha revisado y corregido el texto original según los usos de la ortografía vigentes, transformando en algunos casos –los menos– las antiguas posposiciones enclíticas en las formas personales del verbo (conscientes, sea como fuere, de su valor literario; y siempre que no alterasen el sentido recto, el ritmo o el lirismo de la narración) y aditando los artículos que Frías prefirió eliminar de una manera aleatoria (aun cuando su propósito fuera estilístico), por entender que enrarecen y restan fluidez a la lectura contemporánea de la obra. Si así lo desea, el lector puede acceder, de una manera completamente legal y gratuita, a sendas ediciones a través de la biblioteca web Internet Archive.

Por otro lado, para la presente se han incluido las anotaciones originales del autor (por enriquecer el texto o favorecer la comprensión de los términos) e incorporado otras muchas que no solo informan sobre el sentido o el significado que en nuestro país poseen los mexicanismos utilizados por Frías, sino que tratan asimismo de acercar a las principales figuras y episodios relacionados en la obra.

El editor

TOMOCHIC
&
ENTRE TARÁNTULAS Y DEMENTES
Crónicas carcelarias

TOMOCHIC



I. CALUMNIA Y VERDAD

Un sol deslumbrante y abrasador caía a plomo sobre la destartada plaza, completamente solitaria y silenciosa, en una honda paz de tumba, en un ambiente de horno.

Eran las dos de la tarde. En el extremo de una de las calles que desembocaban en tan desolado recinto, Miguel Mercado, joven subteniente del 9º Batallón, vistiendo un ligero uniforme de dril, blancos de polvo los zapatos, y flotándole sobre la espalda el paño de sol, contemplaba perplejo los portales que se extendían a la izquierda.

A su frente vio paredones viejos, muy viejos y muy tristes; a su derecha, la iglesia, cuya tosca y fea torre charrona recortaba con quebrado perfil el azul oscuro del cielo. Al lado del atrio, pequeño y sucio, casas de claras fachadas, limpias, casi blancas.

Y en el centro de la desierta plaza, una banquetta¹ en cuadro resplandecía entre ocho o diez arbolillos escuetos que alargaban tristemente sus varejones: ¡el jardín!

Miguel, erecto el entrecejo de su rostro imberbe, quemado por el sol, contempló con aire de aburrimiento y cólera la desolación de aquella plazoleta, única que existía en Ciudad Guerrero.

—¡Y a *esto* llaman ciudad! —se dijo casi en voz alta.

¹ Acera [N. del E.].

Venía muerto de hambre y buscaba una fonda o una tienda donde saciarse. Con un movimiento rápido y brusco reemprendió la marcha, dando grandes zancadas y haciendo sonar su espada con un tintineo argentino y rítmico. Llegado por fin a la sombra del portal, vio alegre muchos tendajos, cuyos armazones poblados de botellas lucían extrañas tintas.

Entró en uno muy amplio, de dos puertas, invadido por adustos hombres melencidos, con blusas blancas, pantalones de tela burda, y calzando teguas² de gamuza.

Pidió una copa de tequila, que le sirvieron silenciosamente, al lado de un vaso con agua, y antes de apurarla:

—Oiga, amigo, hágame el favor de decirme por dónde hallaré una fonda —dijo a uno de aquellos hombres.

Y él, un gigantón de enmarañada cabeza y áspera barba eriza, le miró un minuto con desdeñosa curiosidad; luego, alzando los hombros y volviéndole la espalda:

—No sé —contestó brutalmente echándose a la boca un gran vaso de sotol³.

Apenas pudo contener Miguel un movimiento de desagrado al oír la respuesta. Encontraba la misma hostilidad elocuente de que habían sido víctimas los oficiales desde su llegada a Chihuahua; las mismas caras hurañas y el mismo gesto de desprecio, idéntica fiereza altiva...

Cansado como venía por seis jornadas continuas durante las cuales no había comido sino tortillas de harina y carne asada; ávido de tomar caldo, frijoles, chile, los más

² Calzado que usa la gente pobre y campesina de Chihuahua [N. del A.].

³ Aguardiente del Estado de Chihuahua. Se extrae de una planta similar al maguey [N. del A.].

toscos o sencillos alimentos; aquel día que no había desayunado sino con una gorda⁴, sintió Miguel inmensa cólera ante la ruda contestación del paisano⁵.

No le quedó más remedio, sin embargo, que apurar su copa de un solo trago, con temblorosa avidez sedienta.

En aquel instante, el retintín de unos acicates resonando contra las losas y el conocido golpeteo metálico de un sable, le hicieron volver el rostro.

Y vio a Gerardo, un simpático tenientillo del Estado Mayor, de aspecto infantil, a quien conocía desde México, un buen chico que apreciaba sinceramente, por franco, ingenuo y recto.

Chaparrón, de rostro sonrosado y ancho, llevando un quepis enfundado con un blanco paño de sol, dolmán negro, albo pantalón y duras botas de montar, arrastraba casi el sable. Reconoció a Miguel y se le acercó, gritándole con voz alegre:

—¡Hombre, Mercado, no esperaba que vinieras!

Se abrazaron, dándose grandes manotazos sobre las espaldas, sacudiéndose cordialmente el polvo del camino.

—¿Qué tomas, hermano? ¿De qué te la echas?

—Ya no quiero tomar nada; dime dónde hay que comer.

—Voy para la fonda precisamente; pero primero nos echaremos un fajo de tequila... ¡Dos tequilazos, don Pedro!

Gerardo, entusiasta, y desbordando un inagotable to-

⁴ Tortillas gruesas de maíz [N. del A.].

⁵ Designación, comúnmente despectiva, con que los soldados se refieren a los que no lo son [N. del A.].

rrente de palabras, retuvo al oficial del 9º, quien le escuchaba nervioso, reteniendo un incipiente arranque de ira.

—¡Ya sabes! ¡Estoy en el Estado Mayor con el general Rangel! ¡Verás cómo ahora sí nos lucimos... ya verás, ya verás qué zurra les damos a esos demonios de *tomoches*...! ¡Son valientes... hombre... no se puede negar! Palabra de honor, yo creí que eran *papas*... pero son, sí, muy valientes... parecen venados, los ves aquí, y de repente, ¡zas!, en la punta del cerro y «¡Viva el Poder de Dios y mueran los pelones!»... y rau... ¡Caramba! Si ni apuntan... al descubrir, hermano... te recontramatan. Con decirte que cada cartucho es un muerto; no yerran... ¡Imagínate cómo estaría yo ese día en que nos amolaron al general y a mí!... ¡Salud, hermano!

—A la tuya.

Lo peor fue que después de que tomaron las copas, Miguel algo excitado, extinta su cólera, las mandó repetir, sintiéndose consolado por el alcohol del abominable tequila chihuahuense.

Experimentaba un grato alivio, en pie, delante del mostrador sucio y húmedo, y escuchaba la charla sonora del teniente, recordando la historia que de sus desventuras se refería en los corrillos de oficiales, entre bromas y carcajadas, allá en Chihuahua.

El día 2 de septiembre de 1892, cuando intentó atacar el pueblo de Tomochic el general Rangel, después de ser herido el teniente coronel Ramírez y muertos el mayor Prieto y el teniente Manzano, en el momento de la derrota y de la confusión, mientras el general buscaba refugio

en un jacal⁶, a él le mataron su caballo; se le acercaron algunos tomochitecos; le desarmaron y dijeron, insultándole y dándole de nalgadas: «Nosotros no peleamos con muchachos. Usted debe estar con su mamá», y le dejaron desmayado de susto. Mercado sonreía irónicamente al oficial del Estado Mayor, aunque comprendía que aquello que se contaba de él podría ser una calumnia, edificada no obstante sobre la verdad de la derrota.

—Es que —observó— cuentan que te dieron de chancazos el día 2 de septiembre.

—¡Mienten!... ¡Qué me iban a dar! Lo que pasó fue que me mataron mi caballo, repentinamente, de un balazo; entonces caí yo hiriéndome la cabeza, quedando por muerto sobre los cerros... ¡Me salvé por milagro!

—Pues no es lo que nos contaron en Chihuahua; pero ya ves cuánto se inventa... en fin, vamos a comer, porque ya se me está subiendo este maldito tequila.

—¡Qué tequila va a ser! ¡Es sotol vil y aguardiente! Bueno, vamos; nada más que allí han de estar comiendo también los del 11º Batallón y del 5º Regimiento... Tú no los conoces, ¿verdad?... ¡Ya verás qué bien se divierten!

Y ambos salieron de la tienda, y charlando aún, ya reanimados, atravesaron la plaza desolada y reverberante de sol, bajo un cielo azul maravilloso.

⁶ Especie de choza [N. del E.].



II. ¡QUÉ LINDA!

Detúvose Mercado en el umbral de la puerta del fonducho al oír una tenaz y confusa algarabía de voces, gritos y carcajadas, mezclados con un agradable estrépito de vajilla removida y de cubiertos chocando con la loza de los platos y el cristal de las copas.

Mas no dejó de intimidarse un poco, viendo, ante la larga mesa, instalados a quince o veinte militares desconocidos para él, uniformados de dril, de rostros ennegrecidos y sucios, hablando los más, comiendo y bebiendo todos.

Era aquello más bien una tienda, lleno el armazón de botellas vacías, sirviendo de mesa el mostrador cubierto con un grasiento mantel, atestado de platos y de cascos de cerveza.

Había allí oficiales del 5º Regimiento, del 11º Batallón y del Cuerpo de Seguridad Pública del Estado de Chihuahua, y pudo comprender Miguel, al momento, que eran jefes, por lo que dijo a Gerardo:

—Oye, tú, aquí hay muchos superiores —pero aquel lo arrastró, tomándole del brazo. Y como la mesa era extensa y había un amplio hueco cerca de un extremo, se sentaron allí, gritando el tenientito chaparrón:

—¡Cuca, dos comidas!

La llegada de los jóvenes pasó inadvertida; y Miguel,

pensativo, prestó oído a la conversación que se animaba ruidosamente a medida que el hambre se satisfacía.

Después de pasear su vista por los rostros plácidos reconoció a Castorena, subteniente también del 9º Batallón, a quien juzgaba él su mayor enemigo.

Era un adolescente rechoncho, cabezota de ensortijados cabellos azafranados y voz cavernosa, a quien, sin motivo, odiaba cordialmente.

Ya se comía menos, pero se bebía y se hablaba más. Y Castorena, un poco ebrio, relampagueante, improvisaba brindis en verso, que unos cuantos oficiales aplaudían, en tanto que la charla continuaba entre otros camaradas menos alegres.

Y dos criadas —altas y blancas, vestidas de percal claro y con mascadas⁷ rojas en el cuello— iban y venían muy atareadas, llevando los platos o botellas de cerveza.

—Lo que es ahora sí —declaraba un teniente del 11º Batallón, de enormes bigotes grises y cara de corsario—, ahora va en serio el negocio; todo está muy bien combinado; somos muchos; les vamos a hacer pedacitos; cuestión, a lo más, de una hora... ¡ni el polvo nos ven!

—De veinte minutos, compañero —acentuó un mayor—; el coronel Torres, que viene de Sonora con cien hombres del 12º Batallón y con sus *pimas*, indios muy buenos para el pleito y que conocen muy bien la sierra, nos va a ayudar.

Y se puso a referir al capitán del 9º que tenía al frente las causas de la derrota del día 2 de septiembre: ningún plan bien concebido; el completo desconocimiento del te-

⁷ Pañuelo generalmente para adorno [N. del E.].

reno; y, sobre todo, la traición incomprensible de Santa Ana Pérez, quien con más de sesenta hombres de la fuerza del Estado de Chihuahua, se pasó —decían— cínicamente al enemigo.

—Pero oiga usted, mi mayor —exclamó Castorena, poniéndose grave—, ¿es que son tan terribles esos hombres? En todas partes, desde Chihuahua, no nos hablan de otra cosa, al grado de decir algunos que no les entran las balas.

—Son terribles, compañero, conocen su carabina Winchester a las mil maravillas; han sostenido desde niños un eterno combate contra los apaches y los bandidos; pueden correr vendados por la sierra sin dar un mal paso; pero son excesivamente ignorantes y altaneros. No se ha cuidado de ilustrarlos y quieren independizarse de los dos poderes a los cuales hasta hoy han obedecido: el Clero y el Gobierno. Están bajo una obsesión imbécil... ¿Quién los sugestiona?... Desconocen toda autoridad; ya se ha querido tratar con ellos y piden imposibles. ¡Hay que acabar de una vez con ellos!... Será cruel pero necesario. ¡Suprimirlos!

En aquel momento, Cuca, una deliciosa mujercita, gorda y risueña, de ojos negros muy bellos, llevó a Miguel y a Gerardo dos platos de humeante y sabroso caldo, que ambos empezaron a beber con sorbos estrepitosos.

Y luego hubieron de esperar con paciencia los demás platillos, escuchando las palabras del mayor, que seguía disertando sobre los enemigos a quienes iban a batir en Tomochic.

Encantóle al joven la manera razonable como se expre-